

EL MATONEO DE PROFESORES Y EL SILENCIO CÓMPLICE DE LA ADMINISTRACIÓN DE LA UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Carta abierta a Alejandro Álvarez Gallego, Rector de la UPN

Renán Vega Cantor
Profesor Departamento de Ciencias Sociales

“No es fácil mantenerse callado cuando el silencio es una mentira”.
Victor Hugo

Señor Alejandro Álvarez Gallego, Rector de la UPN:

Durante el semestre académico que está concluyendo he sido sometido a diversas formas de acoso, matoneo, señalamientos, amenazas, calumnias, difamaciones en la UPN y a través de las Redes (anti) Sociales, que se suman a las múltiples formas de persecución que he vivido a lo largo de tres décadas, en mi carácter de profesor de esta institución. El acoso de estos días adquiere ribetes especiales, por dos razones: primera, por el contenido de los pasquines anónimos que se han escrito contra mí, que mancillan mi honra y pretenden mi destrucción moral; y, segunda, porque en esa campaña de enlodamiento de mi trayectoria académica y personal participan, en forma abierta o velada, un minoritario número de estudiantes, algunos profesores y profesoras del Departamento de Ciencias Sociales y de otras unidades académicas y directivos académicos.

LA BANALIZACIÓN DE INJURIAS Y AMENAZAS A NOMBRE DE LA CORRECCIÓN POLÍTICA DE GÉNERO

El 23 de agosto empezó a circular un pasquín anónimo dirigido contra mí en el cual se hacen afirmaciones injuriosas y, lo peor de todo, allí se me amenaza en forma clara y directa (si recordamos que en Colombia el símbolo de la cruz [†] tiene un significado macabro). Desde un principio este pasquín y las amenazas se banalizaron e incluso un grupo minoritario de estudiantes y cierto profesores le dieron legitimidad al mencionado pasquín.

Ni la administración del Departamento de Ciencias Sociales, ni la Decanatura de Humanidades, ni el Consejo Académico ni la Rectoría rechazaron en forma tajante e inmediata tan tenebroso pasquín y no me proporcionaron el respaldo incondicional que merezco, como debe ser en virtud del principio de la presunción de inocencia a que tengo derecho [o eso es lo que yo pienso, porque al parecer ese no es el criterio de su administración, señor Alejandro Álvarez] y por mi intachable hoja de vida como profesor de la UPN. Por el contrario, el Coordinador de la Licenciatura en Ciencias Sociales, Alexander Aldana Bautista, le dio credibilidad y ensalzó como una gran obra pedagógica al pasquín de marras y bautizo con el eufemismo de “Práctica performativa” [sic] al muro de la infamia, erigido en el tercer piso del edificio A de nuestra universidad, y en el que se han escrito un sinnúmero de mentiras, ataques, ofensas y difamaciones dirigidos expresamente contra mi persona.

El Director de Ciencias Sociales, Wilson Acosta, tampoco rechazó ese pasquín ni me respaldó, lo que propició el escalonamiento del matoneo y legitimó el acoso laboral a que he sido sometido durante este semestre en el Departamento y fuera de él, no solo por directivos sino por profesores. En el colmo de esa postura condescendiente con la violencia que se ha ejercido contra mí, el profesor Wilson Acosta lo ha presentado como un conflicto. ¿Ahora al matoneo contra los profesores lo llaman conflicto? ¿A tal punto hemos llegado en la degradación del lenguaje?

Y, para completar, el Director de Sociales tampoco desautorizó públicamente al Coordinador por alentar el matoneo en mi contra. Optó por cruzarse de brazos, con lo que, en términos prácticos, se legitima el linchamiento moral de los profesores. Por si hubiera dudas de los que estoy diciendo, el colega Pedro Morales, de la Licenciatura de Artes Visuales, se vio obligado a renunciar por el matoneo ejercido a través de pasquines anónimos y muros de la infamia en baños y pasillos de la UPN. Y esto sucedió un poco después de haberse iniciado mi linchamiento, lo cual pone de presente que lo mío tiene un *efecto de demostración*, con incidencia en toda la universidad, un resultado elemental por no haber detenido las agresiones contra mi persona desde el primer momento.

La renuncia de un profesor es un rédito que obtienen los cultores de la corrección política de género. Con esto queda establecido que una calumnia anónima es suficiente para hacer rodar la cabeza del profesor que les resulte incómodo. La inoperancia de la administración termina por normalizar el matoneo contra los docentes. Por eso, no sorprende que, ante hechos de suma gravedad, como el suicidio inducido del estudiante Fabián Ramírez de Ciencias Sociales el 11 de marzo de 2020, tras haber sido matoneado en las paredes de la universidad y a través de las Redes (anti)Sociales, la administración de Leonardo Martínez haya guardado un silencio sepulcral, y eso pocas veces ha sido tan literal.

Claro, a los rectores, como usted señor Alejandro Álvarez, les queda de maravillas congraciarse con la corrección política de género, que se está implantado en los campus universitarios con grandes dosis de violencia y amedrantamiento de la comunidad académica. Administraciones, como la suya, que se adaptan a los requerimientos de esa corrección política, terminan aceptando como validos los mecanismos de agresión, anónimos y cobardes, que se emplean contra los profesores.

De ahí se deriva una terrible consecuencia para la vida universitaria: la censura y la autocensura. Ya no se puede ni se debe decir nada que pueda considerarse ofensivo, lo que implica en la práctica no poder hablar, porque cualquier cosa que se diga, necesariamente y tarde o temprano resulta ofendiendo a alguien. Esto es así, porque los estudiantes de esta generación de cristal son frágiles y siempre se consideran víctimas, a tal punto que no pueden escuchar nada que los indisponga, porque eso ya se considera un delito. A ese tipo de estudiantes, terriblemente intolerantes, autoritarios e individualistas, debemos someternos y renunciar a nuestra libertad de pensamiento, para adaptarnos a lo que ellos quieran imponer y sin el menor esfuerzo. El comportamiento de gran parte de los miembros de esta generación de estudiantes se enmascara con la corrección política de género, los que les permite matonear a todo profesor o profesora que no piense como ellos, y ponga en duda las pseudo verdades del *fascismo de género* que se está tomando las universidades colombianas.

Una cosa es condenar y enfrentar la violencia de género y el acoso sexual, una situación delictiva que es inadmisibles. Pero otra muy distinta es que, en la oscura noche del género neoliberal en que todos los gatos son pardos, se mezclen cuestiones completamente distintas a nombre del repliegue identitario y se nos acuse por manifestar nuestras posturas críticas respecto a la política de género del capitalismo y a la conversión del género en una mercancía plástica, algo que, sin eufemismos, hacemos en nuestras cátedras. Uno de nuestros grandes delitos es compartir plenamente esta afirmación de Eric Hobsbawm: “Los historiadores, por microcósmicos que sean, deben estar a favor del universalismo [...] porque todas las colectividades humanas son y han sido necesariamente parte de un mundo más amplio y más complejo. Una historia que esté concebida *sólo* para los judíos (o los afroamericanos, o los griegos, o las mujeres, o los proletarios o los homosexuales) no puede ser historia buena, aunque puede ser reconfortante para quienes la cultiven”. (*Sobre la Historia*, Crítica, Barcelona, 1998, p. 276, énfasis en el original). Por pregonar este punto de vista se me lincha moral, académica e intelectualmente, y de ese linchamiento usted señor Alejandro Álvarez y su administración, que se suponía iba a dignificar la profesión docente, han sido cómplices con su

silencio y su postura pretendidamente “neutral”, lo cual termina constituyendo un apoyo tácito a los pasquines anónimos.

En la práctica, su administración, señor Alejandro Álvarez, pone en cuestión el derecho fundamental a las libertades de cátedra, de expresión, de pensamiento y de opinión, imprescindibles para hablar de una universidad pública. A cambio se patrocina abierta o soterradamente la censura, la autocensura, la hipocresía y la simulación para hacer de la UPN un espacio chapulinesco donde cunde el pánico entre los profesores y estudiantes, porque así lo dictaminan los adalides de la corrección política de género, que prohíben la difusión del pensamiento que les incomoda. Al final, todos a una se abrigan con la misma cobija que, por lo visto, impide razonar en medio de la irracionalidad reinante que imponen los ofendidos y ofendidas y mina nuestra institución desde adentro.

CANTINFLAS EN EL CONSEJO SUPERIOR DE LA UPN

La cereza del pastel sobre la complicidad abierta de la UPN en el matoneo a que estoy siendo sometido la ha colocado el Consejo Superior en su sesión del 20 de octubre de este año. En esa ocasión, la Representante de los Estudiantes le propuso al Consejo Superior emitir un comunicado “frente a la coyuntura que atraviesa la Universidad y el matoneo que se genera al profesor Renán Vega. Invitando a la comunidad al diálogo y a la convivencia”. [Consejo Superior, *Acta No. 25*, octubre 20 de 1922, p. 14].

El comunicado fue rechazado por amplia mayoría del Consejo Superior y, ratificando el silencio cómplice de esta administración, decidieron no emitir ningún pronunciamiento a mi favor. Llama la atención que ni el Representante de los Profesores, Ricardo Franco, ni el de los Egresados, Cristian Robayo ni su suplente Camila Mancera, y lo que es más dicente, el Representante de las Autoridades Académicas, Wilson Acosta –director de Ciencias Sociales– aprobaran el comunicado. En cambio, como es propio de la simulación que caracteriza a esta universidad y a este país, el Consejo Superior tomó esta cantinflasca decisión:

“El Consejo Superior solicitó al Rector remitir un balance en el que se informe de las gestiones que se están adelantando desde las unidades académicas, facultades y demás dependencias de la Universidad, *respecto a la prevención y mitigación de las violencias basadas en género al interior de la Universidad*. Dicho balance deberá ser agendado y presentado en sesión del cuerpo colegiado del mes de diciembre”. [*Acta citada*, p. 15, énfasis mío].

Es una decisión cantinflasca, con el perdón de Cantinflas, dado que en lugar de referirse al asunto central –el matoneo ejercido contra mí– terminaron avalando subrepticamente las acusaciones contra mi persona por supuesta violencia de género, asunto al que se refieren directamente en tal solicitud. Eso es cantinflasco, porque la violencia de género, que pena con los ecuanímenes consejeros, no era el asunto del que se trataba el punto, era el matoneo, pero lo desviaron en la dirección que dicta la corrección política. Como bien lo dijo el cómico mexicano: “Ahí está el detalle! Que no es ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario”.

Pero del asunto central, del matoneo a que se me somete (y a sus múltiples derivaciones y manifestaciones, entre ellas las amenazas de muerte, el acoso laboral, la difamación, las infamias...) ni una sola palabra, como si no existiera y no le concerniera a la UPN. Entre esos silencios cabe destacar el de Wilson Acosta, Representante de las Directivas Académicas y Director de Ciencias Sociales, jefe de la dependencia académica en donde trabajo. Ese silencio rubrica la insolidaridad conmigo, puesto que la administración me abandona por completo, echando por la borda los 33 años de vinculación al Departamento, y desconociendo en la práctica mi intachable trayectoria docente, académica e intelectual. A cambio se le da credibilidad a un despreciable pasquín anónimo y se avalan sus amenazas, calumnias y mentiras, que es el costo que debemos pagar los profesores por la sujeción institucional a lo políticamente correcto en materia de género. El Director de Ciencias Sociales debería aclarar en forma pública las razones que invoca para no respaldar a uno de los profesores de su unidad

académica, quien no ha sido sometido a ningún juicio y mucho menos ha sido condenado. ¿O es que se aducen como válidos los juicios y condenas de la inquisición de género, que nos queman en sus piras excrementales? Me pregunto sí, además, ese comportamiento no linda en el acoso laboral, sabiendo que todos los días tengo que asistir a espacios en el que reina un ambiente intolerable de simulación e hipocresía y de respaldo tácito a quienes me difaman y matonean.

El Consejo Superior en lugar de hablar de Marte [el matoneo] terminó hablando de Júpiter [la violencia de género] como si fueran simétricos o el primero fuera un resultado de lo segundo. No señores, que pena desautorizar a tan encopetados consejeros, no mezclen, al estilo de Cantinflas, peras con manzanas. Yo no tengo nada que ver con ningún tipo de violencia de género ni contra estudiantes ni contra profesores. En realidad, afronto una campaña sistemática de ataques contra mi buen nombre, mediante calumnias e infundios, con el fin vano de pretender acallarme e imponer la censura en mis clases y en los espacios académicos, intelectuales y políticos en los que me desenvuelvo.

El Consejo Superior la ha conferido legitimidad al matoneo y a las amenazas de muerte contra un profesor de la UPN, por aquello de no contrariar la corrección política de género. Claro, ha habido una honrosa excepción, la de María Paula Tovar, la Representante de los Estudiantes, que ha sido, además, alumna de mi curso Problemas del Mundo Contemporáneo y conoce en forma directa mi comportamiento en las aulas de clase.

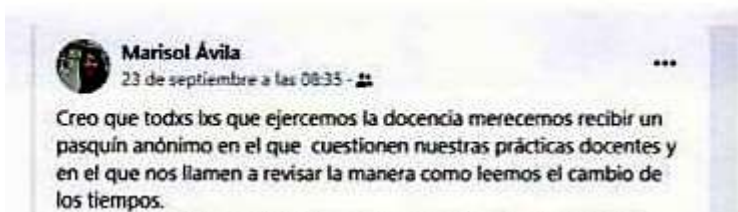
No se crea que este golpe alevé de los egregios consejeros me afecta solamente a mí, porque eso es perder la perspectiva de lo que está en juego. El Consejo Superior ha sentado un peligroso precedente, que deja la puerta abierta para aceptar como válido el matoneo anónimo en pasquines y Redes (anti) Sociales de cualquier profesor y profesora de la UPN, incluyendo las amenazas a su propia vida. Se legitima, adicionalmente, con un claro criterio selectivo el matoneo de un profesor, seguramente porque este no tiene el dudoso privilegio de pertenecer a alguna de las roscas del poder actual en la universidad ni hacer parte de su puerta giratoria que, invadida por el óxido del compadrazgo y con un ruido rechinante, desde hace casi una década se mueve mecánica, pendular y cíclicamente dentro de la sede de la calle 72 y entre esta y la 127, donde esta la sede del Instituto Pedagógico Nacional.

Queda claro, en adelante que aquel que no pertenezca a las roscas que se han apoderado de nuestra universidad, podrá ser linchado y lapidado por el *talibanismo pedagógico* que acaba de legitimar el Consejo Superior [sic] el 20 de octubre de 2022. Esta fecha queda en los anales de la infamia y de la mediocridad en la historia de nuestra universidad, porque fue el día en que la máxima instancia de la UPN legitimó, en forma cantinflasca, el matoneo contra los docentes en esta institución.

EL PASQUÍN ANÓNIMO Y COBARDE EXALTADO COMO UN ÚTIL Y NOVEDOSO INSTRUMENTO PEDAGÓGICO

Señor Alejandro Álvarez, durante estos tres meses de acoso y matoneo he tenido la oportunidad de nutirme con las grandes contribuciones teóricas, epistemológicas y metodológicas que han hecho mis detractores, tiempo durante el cual algunos y algunas han dado muestras de una sapiencia sorprendente. Son muchos los ejemplos que podría mencionar sobre esos novedosos aportes a la pedagogía universal, pero basta con citar un notable desarrollo de la teoría pedagógica y la ética docente. Una “educadora” de geografía, vinculada al Departamento de Ciencias Sociales, escribió en una de sus cuentas de una Red (anti) Social esta brillante idea: “Creo que todxs lxs que ejercemos la docencia *merecemos recibir un pasquín anónimo en el que cuestionen nuestras prácticas docentes* y en el que nos llamen a revisar la manera como leemos el cambio de los tiempos”. [*Mensaje de Marisol Ávila, profesora Departamento de Ciencias Sociales 23 de septiembre de 2022, énfasis mío*].

Para que no digan que estoy tergiversando tan notable contribución analítica presento el pantallazo de ese sublime mensaje:



Yo hasta ahora sigo creyendo, ingenuo que es uno, que la educación debe apuntar a formar individuos íntegros, honestos, transparentes, abiertos al diálogo, que hablen de frente, con seguridad, y con convicción defiendan sus puntos de vista, sin temor por lo que digan y sin esperar ningún tipo de recompensa a cambio. Y pienso que todo ello debe conducir a formar personas que escuchen y hablen a tiempo, que ayuden a resolver los problemas educativos y sociales en forma sincera y colaborativa, con espíritu de solidaridad, desprendimiento, fraternidad y ayuda mutua. En pocas palabras, yo creo que la educación debe conducir a que se configuren seres humanos genuinos y transparentes que no tengan entre sus expectativas engañar, simular y dañar conscientemente a otra persona. Atrasado que soy comparto el principio de la moral kantiana que dice en forma sumaria: "No hagas a otros lo que no quieres que te hagan a ti".

Pero ahora me vengo a enterar que todo esto en lo que creo se encuentra, como dicen los franceses, *demodé*, obsoleto, atrasado. Debemos agradecer a la gran teórica de la educación, Jenny Marisol Ávila Martínez, por instruirnos en los nuevos rumbos de la pedagogía y la moral, en donde se justifica, en forma entre cómica y cínica, al pasquín anónimo y con ello la calumnia, la falsedad, los embustes. Se exalta al pasquín anónimo y ruin como un adecuado instrumento pedagógico, sin la más mínima dosis de empatía y solidaridad con quien es atacado, en este caso yo personalmente.

Es la moral al revés: "Me parece bien lo que le hacen al otro y, tarde o temprano, está bien que se lo hagan a todos". Tal precepto es, desde luego, una clara apología del pasquín anónimo y una invitación al matoneo de los profesores. ¡Ojalá que la mencionada "educadora" nunca tenga que lidiar y soportar con el dolor interno que supone afrontar las calumnias y mentiras de los pasquines anónimos y no tenga que leer en las paredes de los pasillos y baños del lugar donde trabaje todo tipo de improperios, injurias y disparates que ponen en cuestión su buen nombre y su honra! Porque una cosa es escribir sin pensar, algo propio del mundo regido por la incontinencia digital de ese redil de cretinos que se mueven en las Redes (anti) Sociales, y otra bien distinta es soportar en carne propia el suplicio [ánimico, afectivo, sicológico, moral...] que generan las infamias del linchamiento anónimo y cobarde.

Porque es diferente una crítica al ejercicio docente, algo siempre necesario y bienvenido, que incurrir en una abierta apología de las injurias amenazantes y legitimarlas como un mecanismo adecuado de índole pedagógica. Esto es, ni más ni menos, que la banalización de los pasquines anónimos y las amenazas.

He traído a colación esta imperecedera contribución teórica, pedagógica, ética y humana de una profesora de la UPN porque este auténtico disparate sirve para hacerle varias preguntas, señor Alejandro Álvarez. ¿Al quedarse callado frente a la violencia que yo soporto usted avala este tipo de concepciones, y le gustaría que ellas fueran emblemas distintivos de la institución que se precia de ser "educadora de educadores"? ¿Usted quiere que, en virtud de lo que dicta la corrección política de género, nuestros estudiantes, los futuros educadores de las nuevas generaciones de colombianos, estén imbuidos por los "grandes principios" de la mentira y el

engaño? ¿Usted estaría de acuerdo con que nuestros estudiantes sean solapados, mentirosos, hipócritas que jamás den la cara para asumir responsabilidades, que sean expertos en calumniar y difamar y lo hagan siempre encubriéndose en el anonimato cobarde? ¿Este es el tipo de perfil docente que está promoviendo la UPN? ¿Esa pedagogía de la simulación y de la falsedad, que tanto daño le causa a este país, es la que su rectoría quiere que se extienda por todo el territorio nacional, para desgracia de los colombianos?

En breve, si la corrección política de género es funesta para la universidad pública colombiana en general lo es todavía más para la UPN, porque su objetivo prioritario es la formación de educadores. Si estos se forman con el criterio de que se debe mentir, engañar, calumniar, para alcanzar las metas propuestas, entre las cuales están las de deshacerse de los profesores incómodos recurriendo a las malas mañas, no cabe esperar muchas cosas positivas para la sociedad colombiana del futuro inmediato, si recordamos un adagio popular: “De tal palo, tal astilla”.

SILENCIOS QUE LEGITIMAN EL MATONEO DE LOS DOCENTES

La pasividad suya señor Alejandro Álvarez y de su cofradía de servidores se torna más evidente, al constatar que por esta época usted está presumiendo en espacios públicos y periodísticos de ser un rector que busca la paz, la concordia, la verdad y denuncia diversas formas de violencia dentro de la universidad. Eso se evidencia en la columna que usted publicó en *El Espectador* el 15 de octubre titulada “Las universidades públicas víctimas del conflicto armado”, una fecha en la que usted ya sabía del matoneo violento emprendido contra mí.

Entre otras cosas, su escrito no reconoce la responsabilidad directa de la UPN como institución en la persecución que sufrieron durante diez años cuatro estudiantes de nuestra universidad, que estuvieron recluidos durante tres de esos años en una prisión de la ciudad de Bucaramanga. El caso de los estudiantes de Lebrija no puede verse como una conspiración armada desde fuera contra la UPN, puesto que una de sus administraciones se negó a darles cualquier tipo de apoyo y asesoría jurídica a esos estudiantes, a los cuales procedió a condenar, sumándose al falso positivo judicial, urdido con directa participación de un infiltrado de los servicios secretos del Estado que estudiaba en la Facultad de Educación de esta universidad. Ese tema tan delicado no se resuelve con tardíos actos de desagravio de los estudiantes de la UPN que fueron encarcelados y perseguidos desde el 2012. En ese evento de desagravio, además de todo, usted se comprometió a asistir y el día señalado no se hizo presente y en su lugar envió a un delegado, dejando literalmente tirados a los estudiantes y a sus familiares a la intemperie y en medio de un torrencial aguacero.

Em el artículo que comentamos usted no reconoce que, por lo menos, una administración de la UPN ha sido copartícipe en la persecución de los estudiantes, desde el 2012, cuando se realizó un montaje judicial en Lebrija. Hay que decirlo claramente, esos estudiantes fueron abandonados a su propia suerte mientras estuvieron en la cárcel, momento clave en que la UPN no les brindó ningún apoyo (ni jurídico, ni legal, ni anímico, ni económico...) y eso debería reconocerlo su administración, si es que en realidad se quiere aproximar a la verdad de lo sucedido.

No parece, además, de muy buen recibo que una administración de la UPN, la suya, espere hasta que salga un fallo que declara la inocencia de los estudiantes, para reconocer que fueron sometidos a un vil montaje, cuando eso era algo que algunos profesores (entre los que, con orgullo, me encontraba yo) denunciábamos durante varios años y siempre estuvimos al lado de los estudiantes, en las malas y en las buenas. Es lamentable que solo hasta cuando se conoce el fallo absolutorio se saque pecho y se le reclame como si fuera un triunfo de la administración de la UPN, al que en forma oportunista hay que sumarse. Seguro, que si no hubieran sido absueltos usted ni su administración hubieran levantado un dedo para respaldar a nuestros

estudiantes y hubieran mantenido, en el mejor de los casos, el silencio abismal que mantienen con respecto a la violencia que se ejerce contra el autor de esta carta.

La UPN como institución no ha sido una víctima como pretende usted, Alejandro Álvarez, en el escrito mencionado, sino que durante gran parte de su historia ha sido un agente activo de la persecución, el señalamiento y la difamación de estudiantes, como se rubricó con el caso de Lebrija. Tampoco es cierto, como lo dice usted copiando el unilateral informe de la Comisión de la Verdad, que las universidades se convirtieron en un “campo de batalla” en el que las administraciones universitarias fueron neutrales y eran sometidas por todos los grupos en confrontación. Eso oculta gran parte de una verdad a la que se quiere eludir: que rectores de universidades públicas en diversos lugares de Colombia actuaron consciente y deliberadamente a favor de los cuerpos represivos del Estado y de grupos paramilitares y, en muchos casos, los Consejos Superiores eran eslabones incondicionales de estos últimos. En aras de la verdad, eso no puede ser desconocido con devaneos retóricos y eso lo confirma el ejemplo de la Universidad de Córdoba, un reducto indiscutible del paramilitarismo, con la aquiescencia de rectores y Consejos Superiores.

Tras esa andanada estatal y paraestatal no se encontraba solamente el objetivo de limpiar la universidad de “incomodos enemigos” ideológicos internos, puesto que la pretensión estratégica era transformarla en una universidad de la ignorancia y de los negocios, algo en que el proyecto neoliberal ha avanzado notablemente. No estamos, entonces, señor Alejandro Álvarez ante una violencia ciega y sin norte que se habría tomado las universidades públicas, como la UPN, sino ante un proyecto sistemático y ejecutado con la participación consciente de gran parte de las administraciones de esas universidades, lo cual las convierte en responsables directos y coparticipes de gran parte de la violencia (capturas, encarcelamientos, asesinatos, desapariciones, exilios...) que ha vivido la comunidad universitaria desde la década de 1960.

Si esa incomoda verdad no se reconoce por parte de las universidades públicas tampoco se asumen las responsabilidades que les corresponden como generadores de violencia y persecución, sino que todo se queda en retóricos y demagógicos saludos abstractos a la concordia, la reconciliación y al destape de verdades a medias.

Ahora bien, este asunto se relaciona directamente con la violencia que he soportado en estos últimos meses, porque usted señor Alejandro Álvarez, que ahora presume de ser un portavoz de la verdad y de combatir la violencia, lo es en forma selectiva y hacia el pasado [como en el caso de Lebrija, ya señalado], pero cuando se trata de afrontar el presente, y con respecto a un profesor de la UPN, usted actúa como si no viera nada, con la típica disonancia cognitiva de mirar para otro lado. Y no condena la violencia que se ejerce contra mí y contra otros profesores, como con el colega Pedro Morales, quien acaba de renunciar a la UPN por una acción de matoneo.

Esa violencia que soportamos no le produce la vergüenza que usted dice experimentar, como lo manifestó en otro artículo publicado en *El Espectador* (Ver: “Las violencias basadas en género nos avergüenzan”, *El Espectador*, octubre 3 de 2022). Por supuesto, está muy bien que al rector de la UPN algo le avergüence la violencia de género, el problema es que su vergüenza es muy selectiva, porque la violencia [con sus múltiples expresiones] que en forma brutal se ejerce contra mí desde hace tres meses no lo interpela ni le preocupa. Como quien dice, un tipo de violencia es condenable, pero la otra ni se menciona como si no existiera. ¡Qué tal el tipo de concordia, reconciliación y búsqueda de la verdad que pregona a los cuatro vientos usted, señor Alejandro Álvarez, en el que no caben los docentes que no pertenecen a su cofradía de servidores incondicionales y a los cuales puede violentarse impunemente sin que eso merezca ni su rechazo ni su vergüenza!

Su administración, señor Alejandro Álvarez Gallego, ha sido coparticipes en forma directa, por omisión y apoyo tácito a quienes me han sometido a matoneo. Su administración ha dejado que pasen las semanas, sin condenar la persecución que soporto, lo cual es, digámoslo claramente,

apoyar a mis difamadores. Todas las instancias de la UPN son cómplices de ese matoneo, desde la Coordinación de Ciencias Sociales, pasando por la Dirección del Departamento de Ciencias Sociales, la Decanatura de Humanidades, el Consejo Académico, el Consejo Superior y el Rector en persona. A todas ellas les cabe asumir la responsabilidad de la violencia simbólica y material que soporto desde hace tres meses y las consecuencias imprevisibles que eso puede tener en mi seguridad personal.

Es el colmo que hasta la fecha en que escribo estas líneas no se haya producido ni una sola declaración en la que su administración se refiera directamente a la situación que estoy afrontando. No digamos de apoyo, porque yo sé señor Alvares que usted no va a levantar un solo dedo para respaldarme porque, sencillamente, yo nunca he sido de las roscas académicas y seudo investigativas que han manejado esta universidad en los últimos años y tampoco soy de aquellos que, por un plato de lentejas, trafican con sus convicciones, para plegarse al rector de turno y empezar a repartir lisonjas sobre sus “grandes realizaciones”.

Yo no estoy reclamando ninguna ddiva ni ningún favor, sino estoy exigiendo que usted cumpla con la obligación que tiene de hacer que se respete a un profesor que ha consagrado, con esmero y dedicación, más de la mitad de su existencia a la UPN. Usted con su comportamiento, en forma paradójica le quita justificación a uno de los argumentos centrales del pasquín anónimo del 23 de agosto [el primero de los tres que han circulado desde esa fecha], cuyo autor o autores dicen no dar la cara ni revelar los nombres porque, y cito textualmente, “Muchas denuncias habitan y habitarán en el silencio, *producto del miedo que infunde confrontar a alguien respaldado por la misma institución*”. (Énfasis mío). El analfabetismo político de quienes escribieron el pasquín llega a tal punto que deliran suponiendo que yo iba a ser respaldado por la actual administración, en la que usted ejerce el cargo de Rector.

Los hechos han desmentido esos infundios del panfleto anónimo de marras con el que se inició el matoneo contra mí, porque usted no ha hecho un solo gesto para desautorizar la calumnia y la difamación y reivindicar el principio elemental de la presunción de inocencia y tampoco lo va a hacer después de leer esta carta abierta, porque usted prefiere congraciarse con la corrección política de género, que *degeneró* en fascismo, que “quemarse” apoyando a un docente incómodo e incorrecto políticamente hablando que nunca le va a rendir pleitesía ni a usted ni a ningún rector. Y no puede ser de otra forma, porque yo reivindico lo propuesto por el gran Franz Fanon: “Quiero que mi voz sea brutal, no que sea agradable, no la quiero pura, no la quiero trascendente. La quiero rasgada por todas partes”.

Bogotá, diciembre 3 de 2022.